



CONSULTORA EXANTE. ECONOMÍA, FINANZAS Y NEGOCIOS CORPORATIVOS



02 de Agosto de 2007

## DINERO, IGUALDAD Y FELICIDAD

Por el Lic. Martín Krause, Profesor de economía, ESEADE

En un artículo anterior analizamos el trabajo de Richard Layard (La Nación, “La relación entre riqueza y felicidad”, 9/10/05), director de la London School of Economics, en relación al dinero y la felicidad. El autor quería mostrar que si bien las sociedades occidentales se han enriquecido considerablemente en las últimas décadas, sus habitantes no son más felices.

No volveremos a considerar ese tema aquí, pero la investigación económica sobre la “felicidad” se ha expandido tanto que hasta existe una revista académica dedicada a ella: The Journal of Happiness Studies. El argumento original ha sido llevado por otros autores más allá para justificar políticas socialistas afirmando que una distribución más igualitaria de los ingresos estaría correlacionada con mayores niveles de felicidad, justificando entonces elevados impuestos a los ingresos más altos y a los bienes de lujo.

Como lo que nos importaría no sería la cantidad de bienes y servicios de los que podemos disponer sino nuestra posición relativa, una sociedad más igualitaria nos ahorraría la presión que impone en nosotros el éxito de nuestros vecinos y amigos.

Will Wilkinson, del Cato Institute, nos propone cuestionar esos argumentos (In Pursuit of Happiness Research, Policy Análisis N\* 590) desde dos perspectivas. La primera de ellas se relaciona con la misma definición de felicidad, la segunda con su vinculación con el igualitarismo.

Existen tres hipótesis principales para explicar porqué la gente no se siente más feliz ahora, con mayor riqueza económica, que antes. La primera de ellas es la “adaptativa”, y sostiene que nos adaptamos lentamente a los nuevos niveles de ingreso que a cada momento nos van pareciendo “normales”. Pocos ganan la lotería de una vez y, en general, el nivel de ingreso va creciendo de a poco a través de los años.

La segunda es la del “ajuste de aspiraciones”, y afirma que la gente va elevando sus aspiraciones a medida que alcanza las previas. La tercera, ya mencionada, es que es una función de nuestra posición relativa, y si bien ahora una persona puede estar

ganando hasta tres veces más que hace dos décadas, tal vez sus vecinos o amigos ganan cinco veces más.

En oposición a estas hipótesis se encuentra la del “efecto absoluto”, que dice que la mejora material tiene efectos reales y duraderos, y que, en verdad, la felicidad se ha incrementado significativamente.

Wilkinson no rechaza las dos primeras, afirma que existe un efecto absoluto no sujeto a la adaptación y los cambios de aspiraciones y que la importancia de los efectos relativos ha sido dramáticamente exagerada.

Señala, en primer lugar, que ni siquiera los mismos autores en este campo concuerdan en una definición de lo que es “felicidad” y mucho menos en formas de medirla.

Existen diferencias culturales. Por ejemplo, los latinoamericanos aparecen en encuestas más felices que los asiáticos (con mayores niveles de ingreso), pero esto podría tener que ver con la forma en que la gente se “expresa”; a los japoneses, por ejemplo, no les gustaría diferenciarse de su grupo diciendo que son “más felices”. En muchos de estos estudios algunos reportan su estado en relación a sus aspiraciones, otros a cómo se sienten en el momento, otros a su situación relativa, pero cuando se les pregunta cómo les va en relación a sus padres, por ejemplo, los niveles de felicidad crecen mucho. Tampoco prestamos atención a pequeños cambios ocurridos en largos períodos de tiempo. Por ejemplo, pocos notamos cómo se han reducido algunas infecciones bacteriales o los dolores de muelas, que sufrían a menudo nuestros antepasados.

Por otra parte, los filósofos morales nos señalan que hay distintos tipos de sentimientos, placeres, bienestar, logros, etc. Robert Nozick planteaba un experimento ideal preguntando cuánta gente preferiría una vida real menos placentera a estar enchufado a una máquina (tipo Matrix) donde se nos garantizaría una ilusoria vida de placer.

¿Y cuál sería el estándar objetivo de felicidad contra el cual deberíamos compararnos?

Pese a eso, Wilkinson cree que las investigaciones sobre la felicidad son útiles, sobre todo si no centramos nuestra atención en tratar de medirla sino en las condiciones bajo las cuales distintas clases de personas están satisfechas o no con la vida.

Y en este sentido las democracias con economías de mercado parecerían ser los lugares más felices del planeta.

En un ranking de bienestar subjetivo aparecen Puerto Rico y México en los primeros lugares, mostrando nuevamente que los latinoamericanos son, al menos, más expresivos que el resto, pero luego aparecen los mismos países que lideran todo tipo de rankings de libertad económica o calidad institucional: Dinamarca, Irlanda, Islandia, Suiza, Holanda, Canadá, Austria, Luxemburgo, Estados Unidos.

Algunos estudios econométricos que tratan de relacionar la felicidad con algunas variables redistributivas encuentran muy poca o ninguna relación. No obstante, existen diferencias culturales: en los Estados Unidos la desigualdad no tiene ningún efecto en la felicidad de los pobres. Incluso pese a que ha aumentado la desigualdad, la felicidad no ha declinado. Por el contrario, los norteamericanos están siendo más iguales en felicidad pese a que son más desiguales en términos de ingresos. Tal vez porque creen que hay oportunidades para todos.

En Europa, por el contrario, el efecto de la desigualdad es mucho más negativo, los pobres y los votantes de izquierda la rechazan abiertamente.

Pero hay una correlación positiva entre el PIB per cápita y algunas variables claramente relacionadas con el bienestar: años de educación, expectativa de vida al nacer, riesgos de mortalidad.

En definitiva, todos sabemos muy bien que el dinero no determina la felicidad individual y todos conocemos casos de gente con dinero pero infeliz y otros pobres y felices.

No obstante, las posibilidades que se nos presentan para alcanzar lo que sea que consideremos “felicidad” son claramente mayores en las avanzadas democracias liberales con economías de mercado.